



El invierno de los desposeídos

Luis Arguedas Rodríguez

El invierno de los desposeídos

Luis Arguedas Rodríguez



863.5

A694i Arguedas Rodríguez, Luis.

El invierno de los desposeídos / Luis Arguedas Rodríguez. – 1. edición. – San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2020.

1 recurso en línea: digital, archivo de texto, ePub; 357 KB

ISBN 978-9968-46-851-0

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2.
LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3503

CC.SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición impresa: 2008

Primera edición digital (ePub): 2020

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Fotografía de portada: *Marco Antonio González* • Diseño de portada: *Eugenia Murillo* • Realización del ePub: *Alonso Prendas* • Control de calidad de la versión digital: *Elisa Giacomini*.

© Editorial de la Universidad de Costa Rica. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de la obra o parte de ella, bajo cualquier forma o medio, así como el almacenamiento en bases de datos, sistemas de recuperación y repositorios, sin la autorización escrita del editor.

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: arzo, 2020
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

I

Todo me parece tan lento, tan detenido, tan opaco... La vida teje sobre mí un cansancio y antes de seguir llorando en el sillón prefiero acostarme. Subo los escalones con lentitud y busco un abrigo. El frío me da ganas de orinar. A oscuras, camino por el piso de madera vieja que cruje y ronca como los grillos hasta que recuerdo lo que decían del alma, estacionada como un poste de luz a la espera. Espera interminable entre dudas y vejaciones. Más dudas, todas refugiadas en hojas blancas y la antesala de un purgatorio que se vuelve sal en las manos. A las nueve casi nunca pasa nada. Excepto a mí. Una de las tablas cede y quedo atrapado. Todo es muy rápido. Mis brazos se tiñen de marrón y un olor a azufre me invade. Un inusual olor a azufre. De pronto, me acuerdo de Ana Elena.

—¡Ana Elena!

—Señor —escucho que me responde a lo lejos. Su voz parece el fragmento de un texto incomprensible porque más que hablar deletrea.

—Ayúdame. Mi pierna se atoró en una tabla.

Paciencia. Son segundos valiosos en los que debo tener paciencia, en los que la premura podría convertirse en el acabose. Y yo no quiero el acabose, no de esta manera, no en esta incertidumbre.

—¿Dónde está?

—Aquí, en el balcón —digo.

—No sea bromista —dice— la casa nunca ha tenido balcón.

Gélido, apenas me da tiempo de respirar un aire cansado. Es decir, yo sé que estoy, que soy yo, pero en un santiamén la certeza se evapora. Sigo siendo yo, un yo inseguro y tal vez eso no sirva de nada. Alguien abre una puerta. ¡Quién abrió esa puerta, carajo! La luz me encandila. Reviso si tengo las llaves y en efecto, las llaves no están. Pasa un zancudo. Cimbra en mi oreja. Medito un poco, poco se puede meditar. Pierdo la batalla, lo que significa ponerme los calcetines y tirarme en el colchón, a dormir. Dormir podría sonar a evasión y es así. Cuando ya estoy con la cobija me entero de que la pierna sigue atascada y me da rabia. Entonces libero en mi pijama: todo el colchón se llena de orines.

II

Me levanto a meter la ropa mojada, pero la señora se opone. Déjala, me dice, todavía se tiene que mojar más. Lástima porque si hubo un día en que la ropa pudo secarse, ese fue ayer. El viento no me dejó dormir y los tablones de madera retumbaban como si se fuese a arrancar la casa. Ojalá llegue el verano, me digo, y por más que quiera la señora no podrá evitar la ropa seca, aunque estamos en octubre y octubre suele ser un mes tedioso. Es la vida echada hacia atrás, varada.

Preparo el gallopinto y me acuesto de nuevo. Doy vueltas en el colchón, vueltas como un trompo, y me detengo, me acurruco bajo una sábana húmeda, pensando en la llegada de Nando con su sombrero de paja. Iremos a morirnos juntos, acurrucados, a sentarnos en la banca de las desilusiones y esperar pacientemente el ocaso. El ocaso suena a perdición.

No recuerdo si he dormido o si cierro los ojos y aparento pero Ariolfo me despierta. Pone sus pies llenos de barro sobre la colcha. Mi cuarto tiene un docoma blanco, gris por el polvo, que sirve de puerta. Cualquiera entra y sale, sin avisar.

—He tenido un sueño, Ana Elena.

Anda unos pantaloncillos azules que le quedan grandes para sus piernas delgadas y una vieja camiseta.

—Quita tus pies de allí —le ordeno.

—Acabo de soñar que papá estaba muerto y que estaba sentado en la mecedora. Yo iba a tocarlo, a decirle algo y papá no se movía hasta que le cogí los brazos y los sentí fríos. Salí corriendo a avisar. Me duele mucho la cabeza, Ana Elena, y me tiemblan las piernas. Creo que tengo miedo.

—No fue un sueño —digo acercándome a él.— Hace tres días murió, pero nadie se atreve a ir a la mecedora y decírselo.

Cierra la boca y se toca las mejillas. Arruga su cara y sus cejas, buscando una explicación. Me mira. Le abro mis brazos y con suavidad se mete entre mi pecho.

—Tu padre quería morir. A diario se pasaba invocando la muerte, hablando de los recuerdos como un asesino recrea con placer los últimos instantes de su víctima.

—Entonces no fue un sueño, Ana Elena, no fue un sueño.

Da unos pasos hacia atrás. La palidez de su rostro contrasta con sus ojos negros, negros de furia.

—Vamos a decírselo —le digo yo. Lo cojo de la mano y, aunque duda, comienza a avanzar.

III

—Otra vez, viejo, has orinado en el colchón —dice mi mujer.

—Es mejor que orinar en el piso.

—Sí —piensa ella rápidamente— mucho mejor.

Desayuno mi gallopinto con carne en salsa hasta quedar lleno de ilusiones. La comida dura poco en el estómago. Se fuga hasta sentir el vacío estrepitoso de la nada; entonces el hambre es terrible. Me siento en el corredor. Espero que le llegue el periódico al vecino. La mañana es lenta como el paso

de una carreta de bueyes. Yo podría ser un buey amarrado a un yugo del que no se puede desprender, un buey que únicamente piense en avanzar sin saber lo que eso significa. Hay mucho por hacer, y digo mucho para aspirar a que este tiempo sea importante. Inicio mi añoranza; revivir aquellos tiempos de una *Maritza* juguetona y estar de nuevo en el galerón donde la besaba. Besar es cualquier cosa, sí, y yo a ella la besaba hasta que se desplomó todo. Busco respuestas y mi cerebro se satura, empantanado quiere salir y se hunde más, hasta que lloro buscando consuelo ante una fatiga que me invade los testículos. Caigo al piso de tierra y la tierra me hace tragarme la angustia. ¿Qué es la angustia? No lo sé. Tal vez una carreta de bueyes. Sí, tal vez, una carreta de bueyes o simplemente ese paso que se da sin querer. Escucho la corneta del repartidor de periódicos.

—Niño, animal inmundo —grito varias veces.

Lo busco en el patio y está tirado junto al balde rojo, tomando agua de lluvia. Mete su lengua como si necesitara mojarla para acabar con la sed. Al verme, comienza a brincar como una rana.

—Ve a robarte el periódico, ya llegó.

Pone cara de espanto. Le extendo una regla de madera. Dibuja en la tierra un perro. El perro no tiene orejas ni forma de perro. Es extraño. Podría ser un armadillo, un gato, hasta una comadreja, pero no, es un perro porque él se lo imagina así.

—Sobre el trastero hay mortadela y veneno. No le tengas compasión —le digo con la certeza de que no entiende. Debe entender algo pero simula estar en otra parte, vivir un mundo distinto. Sale y no se pone los zapatos. Brinca de júbilo. Su diminuta figura se pierde de mi vista como el paso de un venado que atraviesa la carretera a toda velocidad. Es mi hijo, y casi un animal. Pienso en sus torpezas mientras camino por el corredor, en sus abrazos que terminan siendo mordiscos en la nuca. Imagino unas ganas terribles de orinar. Aguanto. Casi nunca pasa nada de lo que realmente debería pasar. Espero al niño y esperar carece de sorpresa. Ladran los perros y unos pasos me hacen correr. Lo miro. La camisa está rota: le guinda de los hombros. Sus manos raspadas sirven para

contarlo todo. Yo pienso en contarlo todo algún día, pero no ahora.

—Trajiste hasta periódicos viejos.

Mastica con la paciencia de una vaca. Se ha comido la mortadela, y yo al menos no tengo idea de que sepa a algo.

—Deja los ejemplares en la letrina —le ordeno—. Son bastantes páginas. Servirán para dos semanas si nadie se enferma del estómago.

IV

Le digo con los ojos: vamos a hacer cositas y cuando le digo eso ella sabe a qué cositas me refiero. Entonces me tiro en el colchón, me bajo la pijama hasta las rodillas y me concentro. Hago un esfuerzo para mantener la fantasía. El cerebro, por un segundo, reciente los embates de una batalla inútil, de un clavo que intenta sin éxito penetrar una pared de concreto. Eso es muchacha, eso es... Ana Elena me mira desde una esquina del cuarto. Mira esa imperfección que tácita se hace para todos lados, mira mi cara desprendida y la nostalgia de unos años que se me vinieron encima. Imagino a la *Maritzza*; imaginar es a mi modo la mejor forma de vivir; imagino su expresión de malvada que terminaba en unos ojos dulces, ojos de cubaces. Entonces siento vergüenza, me subo la pijama y me hago creer que ahí adentro está dura, más erguida que nunca. Corro a donde mi mujer. Le pido que me haga un rinconcito, que nos calentaremos mutuamente.

—Ten calma —me dice— voy a recoger los gritos que tengo en la gaveta, para que sientas mejor.

—¡Quiero que gocemos los dos!, —protesto.

—A estas alturas es imposible —me dice con indiferencia.

Se vuelve hacia mí y deja que la abraze. Un silencio se apodera del cuarto. Guardo mis últimas fuerzas en hacer que hago, en pujar contra el vacío toda esa ruina que me permita obtener

algún provecho. Mi mujer se queda como estatua, con sus ojos puestos en la gotera que nos moja. El cerebro de pronto se nubla y comienza a invadirse de partículas sin dirección.

—¿Ya? —me dice.

—¿Ya qué?

—¿Te has quitado la ropa?

—Vieja, ¡acabo de terminar el primero!

—Disculpa, no estoy al tanto de nada, y ese disculpa le sale ebrio, mareado y curvo en el intento de mitigar un dolor espiritual. Se da vuelta hacia la pared, y aunque las ganas de acariciarla me inflan las venas, prefiero levantarme. Salgo del cuarto invadido de tristeza. Me tiendo en un viejo sillón y orino plácidamente en mis pantaloncillos a la espera de volver a mirar la pierna atascada para hacer lo que ya tengo decidido: meter la otra en el hoyo y dejarme caer. Caer es mucho mejor que levantarse todos los días y sentirse atrapado.

V

Nos estuvimos tomando el pelo Ariolfo; me hablaste de una *Maritza*, te hablé de un Nando que nunca me devolvió el dinero, porque el dinero era falso. Simulé que a dos cabos sueltos les va mejor si se unen y creo que tuve razón y cierta perspicacia en mirarlo de esa forma, hasta que después de dar vueltas y vueltas me topo con la realidad. Para mí, nada tiene sentido. Si el juego de pronto se vuelve una actividad tediosa, lo mejor es abandonarlo. Por eso escribo, para contarle la verdad ahora que acaba de morir y no antes, cuando uno termina siendo lo que dice que es y no lo que realmente es. Nos inventamos el cuento muy bien, nos lo aprendimos a fuerza de mitigar nuestros miedos, de esconder la miseria, de vencer la ruina que nos arrinconaba del hambre, que nos postraba en el corredor junto a las macetas, a sumar macetas. Toda esa ilusión del ser esperado, yo por mi Nando, usted por su *Maritza*, fue

pensar que existe el futuro, que mañana será futuro cuando, en realidad, mañana será hoy. Y eso fue la muerte, la verdad de todo, la verdad de las candelas, de los ángeles, de las trompetas, la verdad de una vida difícil que nos echamos al hombro teniendo ampollas. Y reventaron. En la mecedora, en las gradas, en las tablas de madera, por todas partes reventaron, siendo más intensas en aquellos lugares donde nunca pudimos mirar. Si una vez hubo amor, si una vez hubo engaño, si una vez se consumó la infidelidad, ¡qué se yo! La importancia del cero radica en el número que tiene a su lado. No es que quiera resumirlo todo a la palabra falsedad porque sino estaríamos condenados a un infierno perpetuo y no es así. Lo falso es simplemente otra dimensión de la realidad, es crear una vía paralela en donde encontremos espacio vital, un sitio para respirar tranquilos por unas horas, similar a fumarse un cigarrillo con la idea de no pensar en nada, de usar una droga, de emborracharse para espantar la melancolía. Si hubo amor, si hubo que construir imágenes como sustitutas, si hubo fabricación de sueños imposibles, ya todo terminó, ya la muerte dio su cornada definitiva, la muerte que es un fin demasiado prematuro. Lo veo en la mecedora con los ojos abiertos y saltones, y es como mirar a Nando descamisado en la noche de huida. Un fósforo me enciende las entrañas, me pone roja las orejas, me desmaya por dentro, me ahorca con una soga en el cuello, sin titubeos. De nuevo, la muerte. Muda como está en la sala a la espera de un entierro. Yo, en cambio, vivo para irme, irme sin que nadie aviste mis huellas. Estar en otra parte donde el recuerdo sea una cicatriz y no la más vil de las heridas.

Por siempre, tu amada.

Acerca del autor

Luis Arguedas Rodríguez *larguedasing@gmail.com*

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



El hambre, el frío y la humedad definen los acontecimientos de unos personajes, cuya pobreza los conduce a la ruina, en medio de una sociedad de transformaciones económicas impulsadas por los procesos de globalización. La lluvia no se irá nunca. Es el invierno de los desposeídos, de los que nada tienen, de los que se acuestan y se levantan con el vago anhelo de que mañana el sol anunciará la llegada del verano.